

ARCHIVO



D. HIDALGO  
SCHNUR

---

**CENA CON LOS REYES EN**

**MARIVENT**

## CENA CON LOS REYES

El relato que sigue -aviso- es muy poco interesante salvo para nosotros como recuerdo, y también para las personas que nos quieren ilimitada e incondicionalmente. A cualquier otro le parecería, con mucha razón, una demostración de autobombo ("¡cuánto nos quiere el Rey!, ¡cuánto nos quiere la Reina!, ¡qué importante somos!, voy a hablar con Clinton"). Si alguien no nos quiere especialmente a los Hidalgo puede acabar aquí su lectura y ahorrarse un rato de empalago con escasa contrapartida de interés.

### Introducción

Cuando llegamos a Palma de Mallorca para pasar doce días en el Hotel Meliá de Mar en Illetas yo tenía la secreta esperanza de poder ver al Rey y de llevarle a su ahijada y pasar al menos unos minutos con El. Como sabía que la Semana de la Copa del Rey, la primera de agosto, la Familia Real pasa hasta quince horas al día compitiendo en los barcos, pensé que era inútil avisar en el Palacio de la Zarzuela que estábamos allí, y no lo hice hasta el lunes 9.

Al pasar el martes y el miércoles sin tener noticias, pensé que ese encuentro que tanta ilusión me hacía no iba a ser posible. Me pareció lógico y comprensible, porque el mes de agosto es precisamente cuando los Reyes pueden estar en familia, y más aún al saber que el Rey se iba a ir de Mallorca el 14, el mismo día que nosotros. Pero cuando menos esperaba ya tener noticias, el jueves por la mañana durante el desayuno, un camarero vino a decirme que me llamaban por teléfono. Al ir hacia el fondo del comedor, el camarero se dirigió a Melania: "Le he preguntado que de parte de quién era y me ha dicho que era el Rey; ¿se está quedando conmigo o es verdad?". "Debe ser verdad", le aseguró Melania."

En efecto, era la voz inconfundible del Rey: "Diego, ¿qué te parece que cenemos todos juntos esta noche? ¿Podrías venir Melania, tú y los niños? ¡Qué ganas tengo de ver a mi ahijada!"

"¡Encantados y emocionados, Señor, pero somos muchos!"

"¿Cuántos niños tienes contigo?"

"Somos seis: los dos bebés, tres niños, y Alex Esplá, el hijo de Luis Francisco Esplá, el torero, que es el mejor amigo de mi hijo Daniel".

"¿O sea que sois ocho en total? Espera, que voy a consultar con la Reina".

"La Reina dice que encantada; oye, nada de chaqueta y corbata, venid en mangas de camisa. ¿Te parece bien a las nueve y cuarto? Yo te mandaré una furgoneta para que os recoja en el hotel y os lleve después. ¡Qué alegría, qué ganas tengo de verte, chiquitín! Así podremos charlar un rato tú y yo, porque tenemos varios temas. ¡Muchos besos para Melania y para ti!"

¡La perspectiva de ver a los Reyes en Marivent y cenar con ellos era algo único en la vida, que difícilmente habiéramos podido soñar! Poco después recibí la llamada del Teniente Coronel Juan Díaz Cruz, ayudante de S.M. el Rey, que me dijo que Su Majestad, "que pensaba en todo", nos mandaría a las 9 una furgoneta y un coche adicional. "Así -me dijo- puede venir la nurse y llevarse a los dos bebés cuando éstos se cansen o les llegue la hora de dormir". Se lo dije, encantado, a Melania. "¡Qué bien -pensamos, así puede venir Teresa Escoda, aunque sea como nurse!"

Pasamos la tarde ilusionados e inquietos. Alex Esplá y Daniel se fueron a comprar zapatos para ir bien vestidos y calzados al palacio. Recibí una tarjeta encantadora de Juan Díaz Cruz dirigiéndose a mí como "Querido profesor" y diciéndome que *El Futuro de España* había sido su catecismo durante sus recientes estudios de Master; otro encantador del Ayudante de Campo de Su Majestad, el Capitán de Fragata Claudio Lago de Lanzo, que se hospedaba en el hotel, estuvo charlando con nosotros y quedó enamorado de Melania Gabriela. Cuando estábamos a punto de irnos, llamó el Rey:

"Diego, dile a tu hijo Diego que traiga algunos trucos de magia, *pour epater les buourgeois*".

Dieguito, que sólo llevaba una baraja, subió a la habitación y llevó una bolsa de trucos, por lo que el resto de la familia subió en la furgoneta y él y yo en el coche. Marivent está en Cala Mayor, encima de un pequeño acantilado mirando sobre el mar. En cinco minutos llegamos a las puertas que se nos abrieron como si hubiéramos dicho una palabra mágica. Los centinelas nos miraron pero nos esperaban y no nos pidieron prueba de nuestra identidad. Recorrimos los dos o trescientos metros de jardín y llegamos hasta la puerta abierta del palacio. Allí nos bajamos de los coches y nos quedamos, sin atrevernos a subir los escalones y entrar. De lejos vimos, al fondo, la terraza donde sin duda íbamos a cenar, con mesas preparadas.

De pronto la Infanta Elena salió como una exhalación, con traje de montar a caballo. Apenas tuve tiempo de besarle la mano y saludarla. Agitó la mano hacia todos, montó en su coche

-pequeño- y se fue. A los pocos segundos apareció el Rey. Después de darme un abrazo se dirigió a todos: "¿Qué hacéis ahí? ¡Pasad, por Dios! Abrazó a todos, y cogió a Melania G. en brazos.

"¿Sabes quién soy?"

"Mi padrino", dijo Melania G.

"Anda, que no te quiero yo! Si te tengo yo en más de veinte fotos en mi cuarto!"

Le hice a Melania dos o tres fotos en brazos del Rey, que nos presentó a un señor que apareció en el hall; se trataba de un médico francés casado con una prima hermana de la Reina. después pasamos a la terraza y empezaron las presentaciones. Allí estaban la Reina, que conocía a todos del bautizo de Melania G., pero naturalmente no recordaba quién era cada uno (el Rey en cambio sí recoraba a los niños porque tiene una memoria visual increíble), La Infanta Cristina en su octavo mes de embarazo, el Rey Constantino y la Reina Ana María, el Príncipe Pablo, su mujer y su cuñada, el joven Príncipe Filipos y el médico que acabábamos de conocer con su mujer. Nos fuimos sentando en "sofás", butacas y sillas alrededor de una mesa grande. Los invitados "externos" (nueve) éramos casi tan numerosos como los residentes de Marivent.

Desde ese momento hasta que, unos tres cuartos de hora después, se nos avisó que la cena estaba preparada, apenas pude prestar atención a lo que ocurría a mi alrededor porque el Rey Constantino estuvo haciéndome preguntas sobre mis libros y mis opiniones sobre casi todos los temas políticos e internacionales imaginables.

### **El Rey Constantino**

Hasta el jueves, mi opinión del Rey Constantino estaba basada sobre tres puntos heterogéneos de referencia: su medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Roma en los que alcanzó su máxima popularidad en Grecia, su desgraciada decisión de aceptar el golpe de estado que dio la Junta de Coroneles encabezado por Papadopoulos en la década siguiente y que acabó costándole el trono, y mi única conversación con él, el 30 de enero de 1986 en el Palacio Real de Madrid. Esta opinión, que no era muy favorable, está ahora matizada y muy mejorada después de la larga conversación que tuvimos casi a solas antes de la cena, y luego en grupo, ya sentados en la mesa. Su sumisión a la dictadura fue intolerable e intolerado por su pueblo que le repudió. Como estadista, por lo tanto, merece un cero; sin

embargo, ha tenido un castigo proporcionado a su pecado: no sólo dejó de ser Rey y ha sido condenado por la historia, sino que además no puede poner un pie en territorio griego. Sin embargo, todo esto ocurrió hace más de un cuarto de siglo, y como persona merece en 1999 un juicio más clemente. Trato de objetivizar mi impresión y de prescindir de la sensación de sentirme halagado por la atención y deferencia con la que escuchó mis opiniones; evidentemente estaba influido por el Rey y la Reina. Me pareció muy afable y cordial, capaz de escuchar e inteligente en sus análisis sobre política internacional. Al mismo tiempo, se preocupa por la imagen que deja en su interlocutor, y en su conversación había un esfuerzo constante, consciente o no, por impresionarme, como si hubiera sufrido desprecios a su capacidad intelectual que le hubieran producido la necesidad de reafirmarla ante sí mismo y ante los demás.

Constantino es un formidable relator de anécdotas e historias; durante la cena Dieguito lo siguió con atención. Nos contó la historia secreta (y a mi juicio, infame) de la captura de Ocalan, el líder kurdo apresado en la Embajada de Grecia en Nairobi. También contó otras historias de la Segunda Guerra Mundial, del hermano de Göering que salvó a más de doscientos judíos sacándolos de Dachau y Auschwitz, y de anécdotas familiares. Me pareció tan ameno todo lo que nos contó que de buena fe sugerí que escribiera un libro; mi sugerencia pareció ser acogida con perplejidad no exenta de consternación por sus familiares en la mesa, y por él mismo; supuse que no le creían capaz de llevar a cabo el esfuerzo necesario. La Reina nos echó un capote, diciéndome a mí "*Tino is a fantastic story-teller*", y a él "Diego no está sugiriendo que tú cojas una pluma y papel de escribir y que te pases varios meses rellenando cuadernos en una mesa de despacho, Tino; podrías tener a alguien a quien dictar, alguien que te escuchara y tomara notas." Le dije que estaba de acuerdo, y que cualquier libro escrito por el Rey Constantino, y desde luego sus Memorias, tendrían un enorme interés editorial.

Sus anécdotas sobre el Departamento de Estado de Estados Unidos son divertidas; también patéticas, porque revelan la incompetencia de la diplomacia americana y las lagunas en la planificación de su política exterior. Por ejemplo, cuando el Rey Constantino estuvo en Washington en 1995 poco después de los acuerdos de Dayton que pusieron fin a la guerra de Bosnia, fue recibido por el número dos del State Department, el adjunto del entonces Secretario de Estado Warren Christopher. Cuando el Rey le dijo que un gran problema de limpieza étnica y de refugiados se iba a acabar produciendo en Kosovo, hubo que traer mapas a la reunión porque ni el Subsecretario de Estado ni ninguno de sus ayudantes tenía la menor idea de dónde estaba Kosovo, y aún menos de su composición étnica ni de sus fronteras con Macedonia y Albania. Constantino reveló, sin embargo, sus simpatías y respeto profesional por Kissinger que yo no comparto, así como

todo lo contrario por Albrighth y su equipo.

Quedamos en que yo le iba a mandar mi libro sobre Europa en inglés, cosa que Silvia Tedesco hizo al día siguiente, y otro para el Príncipe Pavlos, un joven encantador, inteligente y sencillo, que habló mucho con Miriam, y que al final de la cena me dio su tarjeta con sus teléfonos (su móvil y el de su casa) pidiéndome que le llamáramos yo o los niños cuando estemos en Nueva York. "No es una de esas cosas que se dicen por cortesía para que luego se olviden. Lo digo de verdad y seriamente; me encantaría volver a verles cuanto antes". Me dijo Pavlos que la dislexia le impedía leer con fluidez en español pero que el Rey Juan Carlos le había dicho que mis libros eran fáciles de leer.

Melania me contó que en su mesa durante la cena, el Rey se había lanzado bravamente a describir el contenido de mis libros a la Reina Ana María de Grecia, a Pavlos y a su mujer. Sé que el Rey tiene mucho interés y cariño por todo lo que escribo, pero también que tiene alergia a leer todo lo que pase de dos páginas.

En el rato anterior a la cena, al estar absorbido por la conversación con el Rey Constantino, perdí de vista y oído todo lo que pasaba alrededor, pues Melania y los bebés estaban sentados del otro lado de la mesa. David y Melania G. estaban cansados y Melania empezaba a estar llorosa. Por fin dijo la Reina que la cena estaba lista. Teresa Escoda se llevó a los bebés al hotel, y los demás pasamos a ocupar nuestro sitio.

### La cena

La Reina había hecho preparar dos mesas, una con el Rey y Melania a su derecha, y otra con Ella y conmigo a su derecha. En la del Rey y Melania estaban la Reina Ana María, el Príncipe Pablo y su mujer, el Príncipe Filipos, el médico francés, Miriam y Daniel. En la de la Reina y mía estaban a mi otro lado la Infanta Cristina, el Rey Constantino, la prima de la Reina, la cuñada de Pavlos, Dieguito y Daniel Esplá.

	Prima de	()		El Rey
	la Reina	()		
Constantino	Dieguito	()	Melania	Reina Ana María
		()		
La Reina	Cuñada del	()	Daniel	Mujer del
	Pr. Pavlos	()		Pr. Pavlos
Diego		()	Pr. Pavlos	Medico
	Alex Esplá	()		
Inf. Cristina		()	Miriam	Filipos

En una mesa grande detrás de la nuestra había un buffet, y de allí nos servimos. El primer plato era una mousse de guacamole bastante picante con gelatina; de segundo plato el buffet incluía toda clase de ensaladas, quesos y pescados; entre ellos, merluza y un rodaballo muy bueno. En cada mesa había platitos de aperitivos para picar. Los niños dijeron que estaban deliciosos; yo llevé el peso de la conversación en la mesa y no pude probarlos (no me atreví). De postre había frutas y helados, incluyendo bombones helados de palito que fueron la elección de Dieguito y de Alex.

Al acercarse a llenar su plato el Rey vino detrás de mí mientras yo estaba comiendo, y me abrazó. Me dijo "¡Qué alegría tengo de que estéis aquí, chiquitín!". La Reina entonces me dijo que el Rey y Ella me echaban mucho de menos al estar Melania y yo en Estados Unidos, y que se desilucionaban mucho cuando llegaban a cenar o comer con el Comité de los Colegios del Mundo Unido y se enteraban de que no había podido ir. Me preguntó desde cuándo estábamos en Mallorca y me dijo que durante la semana de la Copa del Rey habría sido imposible reunirnos, pero que les habría gustado vernos más, o hacer alguna excursión con nosotros.

Además de las anécdotas del Rey Constantino que habló sobre historias de la Familia Real de Grecia, Ocalan y Göering, se habló del descubrimiento que acababan de hacer ese mismo día. La Infanta Elena, recientemente invitada hacía unas semanas en La Haya con el resto de la familia al palacio de la Reina Beatriz de Holanda, había encontrado en el suelo una bolita nacarada que por casualidad había guardado pensando que era parte de algún juguete de niños de menos de cien pesetas. Hacía unos días que se habían enterado en Marivent de que la Reina Beatriz tenía un gran disgusto porque se había perdido una de las perlas más valiosas de un aderezo que había pasado de madres a hijas

durante muchas generaciones, y aunque estaban empeñados en grandes negociaciones con la empresa de seguros, el valor de la perla era incalculable. Al hablar con la Infanta Elena se había descubierto que la bolita de nácar que había guardado en un bolsillo era la famosa perla en cuestión. Constantino acababa de llamar a la Reina de Holanda para darle la buena noticia, causando así un gran alborozo en los Países Bajos.

La suerte de tener a mi lado a la Infanta Cristina me dio ocasión a decirle que el piso donde vive era el de la madre de Juanito. Me dijo que se va a mudar a su nueva casa de Pedralbes el 15 de septiembre, tres semanas antes de dar a luz. Dijo que Barcelona es una ciudad maravillosa, y que siempre se ha encontrado muy feliz allí. El gran problema de Barcelona es el desmedido empleo del catalán, que está aislando a Cataluña y que acabará por empobrecer culturalmente a los catalanes y a la ciudad. Hablamos de las elecciones de octubre y me dijo que estaba segura de que volverá a ganar Pujol, y que nada cambiará. El dilema que se le presenta a la hora de decidir la educación del hijo que espera es grande. Se resiste a que el niño vaya a un colegio donde tenga que estudiar todo en catalán, y al mismo tiempo no parece muy "políticamente correcto" que no lo haga, llevándole al niño a un colegio americano o al Liceo Francés.

Hablamos de los diplomáticos españoles, del libro de Juan Durán-Loriga que prometí enviar a la Reina, de lo poco que escuchan los diplomáticos; les conté las anécdotas de su primer destino en Bélgica, la de "¡mi querido editor!". El Rey Constantino preguntó por la educación de mis hijos, y la Reina recordó la brillantez de Marta y de Silvia (recordaba la conversación de la mesa en el bautizo de Melania G. en 1997). Hablamos de Silvia, Dieguito y Daniel, y Constantino preguntó si yo había sido buen estudiante. Le dije que sí, pero que algunas personas habían dudado de mi capacidad, y conté la anécdota de Víctor Sánchez Mesas, el Cónsul de España en Boston cuando vine a Harvard en 1966; dándome a entender que en su opinión mi inteligencia y capacidades estaban muy por debajo de la media, me recomendó que no viniera a Harvard, incluso después de informarle yo que Harvard me había admitido. Cuando un año después se hizo pasar por empresario para enterarse de mis notas y le dijeron que estaba en el 8% superior de mi clase apenas se lo creía; cuando se lo contó a mi madre, añadió: "Oye, Gerda, y no parece", queriendo decir "con la cara de tonto que tiene!". Todos se rieron a carcajadas, Por cierto, las Carcajadas Reales son muy agradables y relajantes, sobre todo si se producen como consecuencia de algo que uno acaba de decir.



### La sobremesa

Cuando acabamos de cenar la Reina sugirió que nos sentáramos en los sofás. Al levantarnos el Rey me acompañó a ver el gran balcón de la terraza que da al nivel inferior, donde hay una gran piscina, y luego al mar. Nos siguieron Dieguito, Daniel y Alex; nos enseñó dónde estaba su barco y nos explicó lo agradable que era Marivent durante el verano, y cómo habían elevado un metro el nivel del salón de estar y de la terraza para poder ver el mar cuando se sentaban para comer o en los sofás.

El Rey dio la señal para que Dieguito hiciera sus trucos. Empezó por el de los anillos, y siguió con su baraja, y con la apertura de su cartera llameante. Como siempre estuvo muy bien, con desparpajo y soltura, y muy discreto.

Al final de los trucos de Dieguito el Rey hizo un aparte conmigo y además de pedirme mi impresión y comentar la situación política y económica en España, me explicó sus planes inmediatos, su visita a Namibia, y su necesidad de preparar conmigo su visita a Clinton prevista para Noviembre (desgraciadamente, un mes después el *lobby* cubano consiguió que la visita de los Reyes a Washington se aplase *sine die*; probablemente tendrá lugar en Febrero del 2000). Me dijo que pusiera ya en mi agenda la tarde y noche del lunes, 8 de noviembre; va a haber una breve reunión de trabajo con el Presidente Clinton sobre los principales problemas contenciosos que existen entre Estados Unidos y España, y el Rey quiere que yo sea su "portavoz". Uno de estos temas es la aplicación discriminatoria contra empresas españolas de la Ley Helms-Barton que penaliza a las empresas que operan en Cuba, y especialmente a Sol-Meliá. A la reunión vendrá el grupo más pequeño posible, mientras que a la cena vendrán veinte españoles de gran peso residentes en Estados Unidos (por ejemplo, personajes, intelectuales, y mneos intelectuales como Julio Iglesias). Sin embargo, el Rey ha pedido a la embajada que me sienta, si es posible, al lado de Clinton, o al lado del Rey que estará junto a Clinton.

El Rey también quiere escuchar una discusión mía con Clinton sobre mi visión del mundo, de la globalización económica, el papel de los Estados Unidos y de Europa, sobre España en particular, y sobre los países del Tercer Mundo. Se lo dijo a Constantino "I want to impress Clinton with my friend, the intellectual". Y a Melania le pidió que me recuerde que el 8 de noviembre debo estar en Washington. ¡Creo que es poco probable que se me olvide!

Hubo muchos otros temas que recorrimos en esa hora de

conversación hasta que nos fuimos al hotel. Aznar, Felipe y los socialistas, las relaciones del Rey con ellos, el encuentro del Rey con Tony Blair, las elecciones entre Pujol y Maragall, la situación en Ceuta y en Melilla, las relaciones entre España y Marruecos, el nuevo Rey Mohammed VI, las elecciones de noviembre del 2000 en Estados Unidos, el matrimonio del Príncipe Felipe, el viaje de éste a Nepañ, etc. Aznar parece impresionado con la intuición del Rey que decidió ir a primeros de julio al 70 cumpleaños de Hassan II; en los funerales todo el mundo decía: "sí, ahora que se ha muerto vienen Clinton y todos los demás, pero S.M. el Rey Juan Carlos es el único que vino a su cumpleaños, el único que le quería de verdad". El Rey tiene buena opinión del joven Rey Mohammed VI, aunque piensa que tiene un trabajo mucho más difícil para democratizar a su país del que tuvo El en España en 1976-78.

Hablamos de la Tercera Vía, de la petición demagógica de las pensiones por parte de Chaves, Almunia y Pujol (le dije que estoy de acuerdo pero que el Pacto de Toledo es un fraude al electorado y el problema del sistema de pensiones es una de las asignaturas pendientes de Aznar), de Pinochet (tema incómodo para El, para el gobierno español, y para Tony Blair en el que sin embargo le dije, no debería intervenir el poder ejecutivo), de El País, y de las perspectivas electorales de Gore (que yo creo malas aunque no irremediamente).

Por último el Rey me pidió que le ponga al día el informe y manual de procedimiento que le hice en diciembre de 1992 y que ya está desfasado. Quedamos en que le daré mis coordenadas en Ginebra lo antes posible, y que antes del 27 de agosto le mandaré por email una sugerencia de inevitables a la Casa Blanca, y que en el otoño pasaremos una mañana o tarde haciendo *brainstorming*.

### Final

Poco después de las doce de la noche miré a Melania y decidimos levantar la sesión. Mi sugerencia de que nos íbamos no encontró resistencia. En ese momento llegó la Infanta Elena, a quien encontramos todos muy guapa, simpática y mejorada en relación con las fotos de las revistas; se disculpó por haberse tenido que ir precipitadamente cuando llegábamos. Nos despidieron muy cariñosamente todos y el Rey avisó al chofer que nos iba a llevar al hotel, nos abrazó a todos, y nos acompañó hasta la puerta. El coche tardó unos minutos en llegar, y el Rey esperó con nosotros hasta que nos fuimos.